

PATRICK KINGSLEY

LA NUEVA ODISEA



LA HISTORIA DE LA CRISIS
EUROPEA DE REFUGIADOS



Un escalofriante relato sobre el mayor éxodo migratorio de la historia moderna y una de las grandes amenazas a la cohesión de la Unión Europea

DEUSTO

La nueva odisea

La historia de la crisis europea de refugiados

PATRICK KINGSLEY

Traducido por Montserrat Meneses Vilar



EDICIONES DEUSTO

Título original: *The New Odyssey*

Publicado por Guardian Books Kings Place y Faber & Faber Limited, Londres, 2016

© 2016 Patrick Kingsley

© de la traducción Montserrat Meneses, 2016

© Centro Libros PAPP, S.L.U., 2016

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: microbiogentleman.com

Imagen de cubierta: © Aris Messinis /AFP/Getty Images

ISBN: 978-84-234-2550-1

Depósito legal: B. 10.869-2016

Primera edición: junio de 2016

Preimpresión: gama sl

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Lista de ilustraciones.....	13
Lista de mapas	15
Prólogo	19
1. Un cumpleaños interrumpido	31
2. El segundo mar	41
3. Comerciando con almas	67
4. Llamada de socorro	103
5. Naufragio	121
6. ¿Tierra prometida?	151
7. Entre los bosques y el agua	167
8. ¿A Suecia?	229
9. Una puerta se cierra estrepitosamente	237
10. Estado: pendiente.....	275
Epílogo: ¿Qué pasó a continuación?.....	293
Un mensaje de Hashem al Souki.....	295
Nota del autor	297
Agradecimientos.....	299

Un cumpleaños interrumpido

La fuga de Siria de Hashem

Domingo, 15 de abril de 2012, 6 de la tarde



Siria, Jordania y Egipto

Un día como hoy hace tres años comienza el viaje de Hashem. De nuevo es el cumpleaños de Osama. Y una vez más es un cumpleaños interrumpido. El domingo es día laborable en Siria, el primero de la semana, y Hashem vuelve a casa sobre las seis de la tarde. Se sienta a ver la televisión un rato con sus hijos. Hayam, profesora y dos años menor que él, ya está preparando la cena en la cocina, mientras él remolonea antes de salir a recoger la tarta para Osama.

Entonces llaman a la puerta; más bien se trata de un martilleo, algo que jamás se hubiera esperado.

No es una persona especialmente interesada en política, tan sólo es un funcionario de treinta y siete años que trabaja en la Junta Regional del Agua. Se encarga del departamento informático; su trabajo consiste en imprimir cada mes los recibos de los residentes en Damasco y la zona rural de alrededor. Él se centra en el agua y no se mete en nada más.

Sin embargo, hoy todo eso no importará. El régimen va de casa en casa reclutando a todos los hombres que encuentra. Si es por el hecho de que son suníes viviendo en un país gobernado por alauitas, una rama del chiismo, Hashem sólo puede especular sobre ello. Y tiene sus razones: en la guerra civil de Siria, el conflicto es cada vez más entre facciones sectarias.

Sus hijos lo observan mientras él va a abrir la puerta. Fuera hay veinte hombres. Si pertenecen al ejército, a la policía o a una milicia prorrégimen, realmente no lo sabe. Pero han venido a por él y a por la mitad de las personas de su calle.

El conflicto había empezado lejos de aquí. Entre finales de 2010 y principios de 2011 estalló una oleada de protestas anti-autoritarias por todo el mundo árabe, con repercusiones en Túnez, Egipto, Libia, Bahrein y Yemen. Las manifestaciones llegaron a Siria en febrero de 2011. La primera fue una protesta en el mercado de Damasco, pero la que todo el mundo recuerda fue un acto de rebeldía mucho más pequeño a mediados de marzo. Un grupo de chicos hizo unas pintadas a favor de la democracia en la pared de un colegio de Daraa, en el sur de Siria. En la dictadura de Bashar al-Ásad, el antiguo oculista que en el año 2000 sucedió a su padre como presidente, este tipo de disconformidad no se toleraba. Detuvieron a los chicos y los torturaron. Ese tratamiento provocó movilizaciones mayores, que el régimen de Al-Ásad recibió con disparos, que causaron varias muertes. En ese momento las manifestaciones empezaron a igualar la fuerza que tenían en otros países árabes, en los que las protestas acabaron forzando la salida de cuatro presidentes. Por toda Siria, manifestantes indignados, y cada vez menos temerosos, se reunían para exigir la dimisión de Al-Ásad. A medida que transcurría el mes de marzo, mataron a decenas de personas de las cientos de miles que protestaban por todo el país.

La represión no consiguió detener el levantamiento. Durante la primavera y el verano el número de protestantes siguió aumentando en Siria, y desembocó en una campaña brutal que incluyó cercos militares y masacres orquestadas por el Estado en varias ciudades especialmente inquietas. Horrorizados, los soldados empezaron a desertar del ejército de Al-Ásad. Al llegar el otoño, los desertores, unidos en gran parte bajo la bandera del Ejército Libre Sirio, empezaron a recurrir cada vez más a las tácticas de la guerrilla para derrocar a Al-Ásad, y el levantamiento empezó a tomar la forma de una guerra. A principios de 2012 los rebeldes controlaban partes del país.

Hasta abril de ese año, Haran al Awamid, una población de unas 15.000 personas y a unos kilómetros al sudeste de Damasco, se ha librado en gran medida de la violencia. Es un pueblo tranquilo, construido alrededor de las ruinas de unas columnas

romanas, donde viven muchos trabajadores del gobierno. Era una zona agrícola, pero las recientes sequías y la construcción cercana de un aeropuerto han hecho que muchos de sus residentes dejaran la agricultura por el sector público. Durante el fin de semana las familias, como la de Hashem, suelen ir a los jardines a hacer barbacoas bajo los pinos. Sin embargo, en los últimos días las tensiones han aumentado. Unas personas leales al régimen asesinaron a dos jóvenes, ataron los cadáveres a un coche y los arrastraron por toda la ciudad. No todo el mundo se atrevió a reaccionar, pero los amigos y la familia de las víctimas sí: se pusieron a protestar y a gritar en la calle.

Ahora, mientras meten a Hashem a empujones en la parte trasera de una furgoneta, con sus hijos observando desde el salón, el régimen se venga. Se trata de una larga venganza. Primero, lo llevan a él y a sus vecinos a una red secreta de celdas subterráneas situadas debajo del cercano aeropuerto de Damasco. Las controla la potente inteligencia de la fuerza aérea, cuyos tentáculos se extienden más allá de la aviación y la supervisión civil. Ningún abogado pregunta por el paradero de Hashem, ni se interroga ni se acusa de nada ni a él ni a los demás. Simplemente les pegan y los dejan encerrados hasta que reúnen a suficientes hombres de los pueblos de los alrededores. Tres días después los llevan al cuartel general de inteligencia aérea en Damasco.

Allí meten a centenares de hombres en celdas individuales a muchos metros bajo tierra. Cada día, arrastran a cuatro o cinco de ellos hasta las salas de tortura. A los hombres solteros los electrocutan con descargas en los genitales. A los casados, a veces les ahorran esa humillación, pero a cambio los cuelgan de las muñecas. Hashem pasa doce horas así, las cuerdas le cortan la piel. Otros pasan aún más tiempo, y después tienen que amputarles las manos.

Ellos no son las anomalías. De hecho, en algunos aspectos, son los afortunados, ya que les han permitido vivir. Más tarde saldrá a la luz que durante el período comprendido entre 2011 y 2013, por lo menos 11.000 detenidos fueron torturados y asesinados en mazmorras sirias como esta en la que se encuentra

Hashem. Un alijo de 55.000 fotografías que pasó Caesar⁷ (nombre en clave del fotógrafo a quien el gobierno encargó documentar los cuerpos) de contrabando desde Siria muestra los cadáveres. Las fotografías dan testimonio de la crueldad del régimen; revelan que durante su detención se pegó, estranguló y electrocutó a muchos prisioneros. A algunos les sacaron los ojos.

Hashem elude ese destino, pero prosigue su detención. Pasados unos tres meses, lo llevan a una especie de hangar de aeropuerto. De momento no sabe dónde está, aunque después resulta que se trata del aeropuerto de Mazzeh, una base militar usada por la familia Al-Ásad. El hangar es un espacio enorme, capaz de alojar varios aviones. Sin embargo, hay tantos prisioneros hacinados que tienen que turnarse para poder tumbarse en el suelo.

No queda claro quién descansa de día y quién de noche. Les robaron los relojes cuando los detuvieron. En este espacio con eco no hay luz natural, así que no se puede calcular el paso del tiempo. Pasan meses. Puede que estaciones, pero quién sabe. El ramadán viene y va, pero los prisioneros no se enteran. Lo único que está claro es que las palizas han disminuido a medida que los guardias se aburrían de la violencia. Aunque por ahora nadie pregunta cuándo los liberarán; aprenden a no hacerlo por miedo a otra tanda de torturas.

Un día de finales de octubre llega un agente y les dice que el presidente ha decretado su liberación. Los llevan en furgonetas al centro de Damasco y los arrojan a la calle. Resulta que es el Eid al Adha («la Fiesta del Cordero»), una de las principales fiestas religiosas del islam. Aparecen pestañeando bajo la resplandeciente luz del sol y se preguntan qué tipo de Siria les espera después de medio año de encarcelamiento.

Cuando arrestaron a Hashem, la rebelión contra el régimen solo tenía un año, y la violencia apenas había rozado Haran al Awamid. Durante el tiempo que ha estado fuera, las cosas han cambiado. Mientras un amigo lo acompaña a casa en coche, se

7. Black, I. (21 de enero de 2014), «Syrian Regime Document Trove Shows Evidence of “Industrial Scale” Killing of Detainees», *The Guardian*, <http://www.theguardian.com/world/2014/jan/20/evidence-industrial-scale-killing-syria-war-crimes>.

da cuenta de que van por un camino extraño, dan muchas vueltas. «¿Qué intentamos esquivar?», pregunta Hashem. «El frente», responde su amigo. Cuando llega a casa, las noticias empeoran. En un mismo día un francotirador mató a dos hermanos de Hayam. El segundo intentaba recuperar el cadáver del primero.

La Cruz Roja ha declarado oficialmente que el conflicto debería calificarse de guerra civil. Bashar al-Ásad ha empezado a usar bombas de barril. Sus aliados chiítas en el Líbano, la milicia Hizbulá, han entrado en Siria para aumentar sus defensas a medida que el conflicto va adquiriendo un cariz sectario. La minoría kurda del país había empezado a tomar el control de las partes septentrionales, cercanas a la frontera turca. El Ejército Libre Sirio y el régimen están enfrentados en gran parte del territorio. Para Hashem el futuro es desolador.

Un mes más tarde, durante las últimas semanas de 2012, la situación en su propia ciudad es insostenible. En busca de seguridad, Hashem y Hayam se llevan a sus hijos. Primero a Hozroma, un pueblo cercano al este de Damasco. Después, cuando una tarde las bombas empiezan a caer a metros de sus hijos cuando vuelven del colegio, queda claro que Hozroma tampoco es ningún refugio. Al cabo de unos días, cogen el petate y se van a otro pueblo llamado Tall, al otro lado de Damasco.

A su alrededor el país se está desmoronando, y su hogar, también, literalmente. En Haran al Awamid, el régimen quiere crear una zona colchón alrededor del aeropuerto cercano de Damasco. Por ello, en febrero de 2013, destrozan la casa de Hashem, entre otros centenares más. Hasta el día de hoy, él sigue llevando la llave encima. La puerta que abrió en otro tiempo ya no existe.

Con su hogar transformado en escombros, Siria parece cada vez menos un lugar donde la familia de Hashem pueda subsistir. Aguantan un tiempo en Tall hasta que en mayo se mudan a Damasco. Pero ese mes deciden que ya es suficiente: Siria ya no puede ser su hogar. Los rebeldes cada vez están más dominados por los yihadistas, en parte gracias a la decisión de Al-Ásad de liberar a centenares de extremistas suníes. Al-Ásad espera que se infiltren en la oposición y la radicalicen, para después estig-

matizarlos a ojos de cualquier persona neutral y así elevar la naturaleza sectaria del conflicto; o como mínimo ésta es la conclusión⁸ a la que llegan observadores como Hashem. Con la llegada de la primavera de 2013, este plan empieza a dar resultados. El grupo que posteriormente se autodenominará Estado Islámico empieza a hacer avances significativos en el norte de Siria.

En ese momento los Souki comparten un piso de dos habitaciones en Damasco con otras tres familias desplazadas. Al darse cuenta de la futilidad de la situación, solicitan pasaportes para abandonar Siria. A corto plazo es una decisión desastrosa. En la oficina de pasaportes, delante de sus hijos, vuelven a arrestar a Hashem y se lo llevan a la cárcel. Allí se encuentra con niños y hombres mayores, algunos de los cuales han languidecido durante meses en las celdas. Como es habitual, le pegan, pero en esta cárcel hay menos presos, así que la experiencia es ligeramente menos traumática que su primer período en prisión: por lo menos puede echarse a dormir. Además, la segunda temporada acaba siendo más corta que la primera. Mientras Hashem ha estado encerrado, unos investigadores interrogan sobre su origen a sus antiguos compañeros de la Junta del Agua, y uno de ellos, alauí, lo defiende. Unos días después lo liberan, y con temor se acerca a la oficina de emigración para volver a intentar solicitar pasaporte. Se aproxima a un policía que hay fuera y prueba suerte. «¿Sigo en alguna lista de personas buscadas?» El policía se compadece de él y entra en el edificio a comprobarlo. Vuelve minutos más tarde: tiene vía libre. Entra en la oficina, vuelve a solicitar el pasaporte y, para su sorpresa, se lo conceden.

Aunque es un golpe de suerte casi inexplicable, no tiene tiempo de estar agradecido, necesita irse. Pero ¿adónde pueden ir? Hayam y él piensan en Jordania, donde ahora uno de cada diez residentes son refugiados sirios, pero oyen que las condiciones en los campos son terribles y que a los sirios no se les permite trabajar. Líbano es otra opción, hogar de más de un millón de

8. Chulov, M. (17 de septiembre de 2015). «Why ISIS Fights», *The Guardian*, <http://www.theguardian.com/world/2015/sep/17/why-isis-fight-syria-iraq>

refugiados compatriotas que constituyen una quinta parte del total de la población. No obstante, los Souki temen una reacción de los defensores de Hizbulá en el Líbano, pues apoyan a Bashar al-Ásad. Hay otra opción: Egipto. En ese momento, en junio de 2013, su gobierno da la bienvenida a los sirios.

Así que parten hacia allí, si es que pueden conseguir el dinero. Sin casa que vender, les hacen falta ahorros para pagar el billete de avión. Hayam vende sus joyas, todo excepto su anillo de bodas; aun así no pueden pagar el billete. Pero sí pueden pagar el de autobús a Jordania, y también el de *ferry* hasta Egipto. Con unas 11.000 libras sirias [45,76 euros] irán en coche cama hasta el puerto de Áqaba, en Jordania. El billete de barco de allí hasta Egipto cuesta unos 65 dólares.

Todos están preparados para irse, pero aún queda una persona por convencer: el padre de Hashem. Su madre entiende por qué quiere llevarse a su familia a un sitio seguro, pero al señor mayor la idea le acongoja. ¿Quién cuidará de él si Hashem no lo hace?

«¿Por qué quieres irte y abandonarme?», le pregunta en uno de sus últimos encuentros.

«Papá, lo siento, pero esto es insoportable. Tengo que irme, no por mí, sino por mis hijos y mi mujer.»

Hacia el mediodía del 26 de junio de 2013 la familia llega a la plaza Marjeh, en el centro de Damasco. Está a rebosar de sirios en marcha. Hay muchas empresas turísticas en la zona, y antes del levantamiento abastecían a quienes se iban de vacaciones. Hoy, todos sus clientes, centenares de personas que se amontonan en una cola de autobuses, escapan de una guerra.

Todos los asientos en el autocar donde viaja la familia de Hashem están ocupados. En su trayecto hacia Jordania pasan por la sección transversal de la guerra de la que huyen; pasan por Daraa, la ciudad donde empezó el levantamiento, y que se siguen disputando; pasan por controles del régimen, donde los soldados los insultan y se burlan de ellos. «¿Por qué abandonáis la nación?», les gritan. Después, están los controles de los rebeldes, allí la recepción se tiñe del mismo desdén: «¡Abandonáis el país!». Solo los yihadistas de Jabhat al Nusra, algunos miem-

bros de los cuales formarán posteriormente el Estado Islámico, tienen un argumento distinto: «¡Abandonáis la yihad! No queréis ser muyahidines».

Cada punto de control es un vía crucis. En cada uno de ellos, todos los pasajeros tienen que bajar su equipaje del autobús y presentarlo para su inspección. El proceso lleva horas, y muchas veces los que están a cargo del control les birlan las maletas. En un puesto del régimen, las tropas quieren algo más que equipaje: resulta que un joven del autobús está en una lista de personas buscadas, así que los soldados lo apresan y lo hacen bajar. El resto de pasajeros está horrorizado, saben que seguramente lo matarán, así que acuden al conductor, que hace esta ruta cada semana. «Usted conoce a los soldados —le dicen—, pregúnteles cuánto piden por liberarlo.» El chófer regresa con una cifra: 2.000 libras sirias. Hay una colecta y todos contribuyen con una parte de lo último que les queda de sus ahorros. Hashem ya se ha quedado sin dinero, pero han salvado la vida de un hombre.

Tal vez el peor punto de control sea el último: Nasib, en la frontera con Jordania. Son las tres de la madrugada cuando llegan y los agentes de la aduana quieren comprobar sus datos. Pero ha caído el sistema informático y deben esperar en el autobús hasta que se reinicie. ¿Abandonarán Siria alguna vez?, se pregunta Hashem. Sale el sol, pero el ordenador sigue durmiendo. Hasta seis horas después no logran cruzar a Jordania.

Por la tarde llegan al puerto de Áqaba, en el mar Rojo. Su *ferry* zarpa a medianoche, y sobre las 4 de la madrugada del 27 de junio llegan al puerto de Nuweiba, un pueblecito turístico en la península egipcia del Sinaí. La frontera cierra unos días más tarde, y ellos se encuentran entre los últimos sirios en cruzarla. Al alcanzar la seguridad, a Hashem le pasan docenas de pensamientos por la cabeza. Se siente aliviado de que sus hijos hayan podido escapar de una zona de guerra, pero no puede olvidar a la familia y a los amigos que ha dejado atrás. Puede que no vuelva a verlos o abrazarlos nunca más.